

nunciaba ninguna palabra contra los peninsulares que pudiera herir su sentimiento nacional.

A las cinco y media de la mañana del 16 de Setiembre, en que se celebra con la debida grandiosidad el movimiento de independenciam, pues el suceso se verificó entre la media noche del 15 y la madrugada del siguiente dia, las salvas de artillería y el repique á vuelo en todas las iglesias, anunciaron á los habitantes de la capital que habia llegado el aniversario del hecho en que el cura Hidalgo levantó el estandarte de la emancipacion. Los pabellones mejicano y francés fueron enarbolados en todos los edificios públicos, lo mismo que en la noche del 15. El primer acto de los hombres que estaban al frente del gobierno, fué asistir á la solemne funcion de iglesia, celebrada en la hermosa catedral. Concurrieron á ella, además de la Regencia y de todas las autoridades mejicanas, el mariscal Forey y los generales del ejército expedicionario, con sus estados mayores respectivos. La tropa se hallaba formada en dos hileras desde el palacio hasta el paseo de la Alameda, donde habia de leerse el discurso cívico que la junta patriótica habia encomendado á Don Joaquin María del Castillo y Lanzas.

Terminada la funcion de iglesia, la comitiva volvió á palacio, y el mariscal Forey regresó con su escolta á San Cosme. A las doce menos cuarto volvió á salir de palacio la comitiva oficial dirigiéndose á la Alameda. Abrian la marcha los alumnos de las escuelas lancasterianas, seguian los de los colegios, jefes y empleados de oficinas, individuos de la comision patriótica, ayuntamiento de la capital, los sub-secretarios de

1863.

Setiembre.

Estado, y los individuos de la Regencia, y marchando en medio el general Almonte, á la derecha el general Salas, y á la izquierda el obispo Ormaechea. Detrás de estos individuos que formaban la Regencia, iban los generales Márquez y Miramon con otros jefes, y una lucida columna de oficiales de los Estados mayores reunidos. Cerraban la marcha fuerzas mejicanas de infantería y caballería. Llegada la comitiva á la Alameda cuya glorieta principal se hallaba decorada vistosamente, Don Joaquin de Castillo y Lanzas pronunció el discurso cívico, en que, como en el pronunciado en la noche anterior por Don Manuel Fernandez, se asociaban el ardiente patriotismo á las consideraciones con la antigua metrópoli. El orador manifiesta que «es bello el espectáculo que ofrece un pueblo reunido para celebrar los triunfos de la patria, en el que reina la dulce concordia, nacida del sentir unánime de los ciudadanos congregados;» que «la conmemoracion de las glorias nacionales y de los héroes y esclarecidos génios á cuyos eminentes servicios se debieron, reavivaba eficazmente esos gratos sentimientos; que la independenciam fué un hecho necesario, como parte de los designios de la alta Providencia, y por lo tanto procedentes de causas superiores, justas en su origen como en sus fines;» que «era grande aquel dia, porque era el dia propiamente de la patria,» y que «la aspiracion á la independenciam era un sentimiento natural, impreso en todos los corazones por el mismo Criador.» El orador tocando en seguida la época anterior á la emancipacion de su patria, decia, «¿Seria bien de mi parte, compatriotas, que en medio de este extraordinario regocijo ocupara vuestra atencion pintán-

»doos con las mas oscuras tintas, como antes de ahora se
 »ha hecho, los años del gobierno vireinal, y ensalzando
 »en la misma proporción como claros y prósperos los años
 »subsecuentes á la declaracion de independenciam? ¿Hay
 »algo que pudiera hacer recomendable al presente esa ta-
 »rea como de provecho comun y de enseñanza? ¡Ah! ¿Ca-
 »be acaso la verdad pura en semejante cuadro de vitupe-
 »raciones por una parte y de lisonjas por la otra, á cual
 »mas desmedidas? Porque, séame lícito preguntar: ¿exis-
 »tieron durante aquella primera época males que excitá-
 »ran á hacer uso del lenguaje virulento con que ha sido
 »costumbre, en los años posteriores, declamar en su con-
 »tra?... Un hecho hay innegable: la España tenia que cum-
 »plir una mision en estas tierras: civilizar y evangelizar;
 »y la cumplió. Cometiéronse errores en su tiempo, no hay
 »duda, como por todo gobierno se cometen; mas fuera de
 »esos, inherentes á la naturaleza humana, los que en-
 »tonces se cometieron no puede decirse que fuesen en su
 »mayor parte errores de la España, sino errores de aquel
 »siglo, circunstancia que no debe olvidarse. Mas, en fin,
 »hoy por hoy no hay para qué apelar á las declamaciones
 »de antaño, gastadas ya, mas que por su repetición, por
 »su falta de exactitud y su exagerada vehemencia.»

1863. En el mismo sentido se expresaron los de-
 Setiembre. más oradores del partido conservador en las
 demás poblaciones en que gobernaba la Regencia. Don
 Francisco de Garay y Tejada que fué el encargado de pro-
 nunciar el discurso cívico en Toluca, despues de ensalzar
 debidamente al anciano párroco que dió el grito de inde-
 pendencia en Dolores, decia respecto de España. «Tampo-

»co creo justo incurrir en el defecto de deprimir á España
 »como ha sido costumbre en estos aniversarios; es una na-
 »cion digna de nuestros respetos, es nuestra madre, reco-
 »noció nuestra independenciam, y es hoy nuestra amiga: mi-
 »rémosla bajo este aspecto, y correspondámosle como hijos,
 »celebrando gustosos nuestra emancipacion, pero sin olvi-
 »dar que la sangre que circula por nuestras venas es la
 »misma que circula en los hijos del Cid; celebrémosla, co-
 »mo en la vida privada solemniza el hijo el aniversario
 »del himeneo que lo separó de la potestad paterna, ó la
 »mayoría de edad que lo puso en el goce de sus derechos
 »civiles, sin que por esto maldiga la memoria de su pa-
 »dre, sino que mas bien lo convida á que tome parte en
 »sus regocijos, sin hacer el menor recuerdo de la época de
 »su potestad: no es incompatible lo uno con lo otro; y creo
 »que no encontrareis inconveniente en decir hoy conmigo
 »en el fondo de vuestros corazones, que viva nuestra ma-
 »dre la España, á quien le debemos, entre otras muchas
 »cosas, el mayor de los dones, cual lo es el de la verda-
 »dera religion; y que viva nuestra independenciam, por la
 »cual tenemos patria, libertad é igualdad ante la ley, que
 »es en lo único en que la puede haber respectiva.»

Y hay que advertir que los hombres del partido conser-
 vador se expresaban en esos términos de consideracion há-
 cia España, cuando nada esperaban de ella; en los mo-
 mentos precisamente en que el general Prim, manifestán-
 dose favorable al gobierno de Don Benito Juárez habia
 reembarcado sus tropas.

No se celebró con menos brillantez la fiesta nacional
 del 27 de Setiembre, aniversario de la entrada de Don

Agustin de Iturbide en Méjico, á la cabeza del ejército trigarante. Era el dia que recordaba la realizacion de la independencia del país y de la union de todos los partidos. El discurso patriótico fué pronunciado por el instruido abogado D. Juan N. Pastor; en la tarde hubo diversiones públicas, gratis; y en la noche hubo vistosas iluminaciones, siendo notable la que ostentaba el simétrico y espacioso edificio de la aduana, adornado con cerca de cuatro mil luces que destellaban los colores del pabellon trigarante.

Al siguiente dia de haberse celebrado así en los puntos ocupados por los imperialistas como por el gobierno de Don Benito Juarez el aniversario del grito de independencia dado en Dolores el 16 de Setiembre de 1810, llegaron á Veracruz, en el vapor francés, el arzobispo de Méjico Don Pelagio Antonio de Labastida, miembro de la Regencia del imperio, en union del Dr. D. Clemente de Jesús Munguía, arzobispo de Michoacan, y del obispo de Oajaca Don José María Covarrubias. Las autoridades y la poblacion le recibieron de la manera correspondiente á su elevado carácter como primer prelado de la iglesia mejicana y como regente de la nacion. En el momento que fondeó el vapor en la bahía, pasó á bordo una respetable comision del ayuntamiento, compuesta del alcalde tercero D. Juan Cruzado, regidores D. Francisco M. Cos, D. Francisco de Landero, D. José de Uriarte, y síndico segundo D. Pedro A. del Paso y Troncoso. Despues de felicitarle por su llegada, el arzobispo á la vez que regente, se dispuso á saltar á tierra. Un saludo de trece cañonazos disparados en el castillo de San Juan de Ulua y por la fragata-vapor de

guerra francesa *Magellant* anunció, poco despues, su salida de abordó, llegando, transcurridos algunos momentos, al muelle, donde fué recibido bajo de pálio, por el cura y demás eclesiásticos de la poblacion. En seguida se presentaron á cumplimentarle el coronel comandante superior de la plaza con los jefes y oficiales de la guarnicion; y al llegar á la puerta del muelle, se le presentó, bajo de mazas, el cuerpo municipal, presidido por el prefecto del distrito, y acompañado de los funcionarios y empleados superiores y subalternos de las diversas dependencias administrati-
1863. vas. Organizada en la expresada puerta del
 Setiembre. muelle la marcha procesional, siguió por las calles del tránsito hasta la parroquia, precedida de batidores de caballería, y seguida de las fuerzas de la guarnicion francesa y de un escuadron mejicano que formaban en dos hileras al pasar el ilustre prelado y miembro de la Regencia del imperio. El muelle, la plaza principal, las calles del tránsito, los balcones, puertas, ventanas y azoteas de las casas, se veian llenas de gente, ansiosas de verle y victorearle.

La recepcion hecha á D. Pelagio Antonio de Labastida, mas que una ceremonia de oficio, fué una verdadera entrada triunfal.

Despues de haber marchado á la parroquia, donde cantó un solemne *Te-Deum*, asistido de los respetables prelados D. Clemente de Jesús Munguía y de Don José María Covarrubias, se dirigió hácia la habitacion que le habian dispuesto, donde recibió las felicitaciones de las autoridades.

Despues de haber descansado en Veracruz, y empren-

diendo su viaje hácia la capital, llegó el día 22 á Orizaba, donde la poblacion entera se esmeró en manifestarle, en la brillante recepcion que le hizo, el sentimiento religioso que animaba á sus habitantes. «Desde las once de la mañana,» decia en una carta un testigo ocular «comenzaron las familias á dirigirse á la calle principal, que á eso de las once presentaba un aspecto pintoresco y agradable. Todas las puertas y ventanas se hallaban adornadas con flores y cortinas, y la calle sembrada de cañaverales y regada de flores, quedó bien pronto convertida en un paseo que recorrian las familias hasta mas allá del fuerte Gallardo, desde donde comenzaban á levantarse vistosos arcos que rivalizaban entre sí por la elegante sencillez de sus adornos.»

En un impreso suelto, publicado en el lugar de la recepcion, decia su autor al describir ésta. «El día 22 por la mañana supieron los habitantes, por conducto del señor cura, que cosa de las doce del día llegaria el señor arzobispo y comitiva. Inmediatamente los artesanos cerraron sus talleres, los colegios y escuelas dieron vacacion á sus discípulos, y los habitantes, sin excepcion de clases y condiciones, corrian á las calles, unos en busca de coches, otros en solicitud de caballos... en fin, la multitud, los mas á pié y cargados de flores, cohetes y banderas, salieron al camino cosa de una legua fuera de la poblacion, para recibir á los campeones de la cruz. El señor jefe político, el clero de Orizaba y el ilustre ayuntamiento, salieron en varios coches.

»Desde muy temprano toda la calle principal hasta la garita de Veracruz, estaba adornada de cortinas de todos

»colores, sembrada de rosas, flores y ramos; mas de doce arcos muy bien compuestos y de esquisito gusto estaban colocados en toda la calle principal hasta la garita; (1) entre ellos habia uno con dos banderolas, mejicana y francesa y con una mitra sobre un libro en medio: habia otro en que se leian las siguientes palabras: «Viva el Ilmo. señor arzobispo y regente del Imperio.»

»Cosa de las once del día, la música y cohetes de los indígenas que viven á la orilla del camino de Córdoba, anunciaron la aproximacion de los señores que el pueblo en masa esperaba con ansia y con caras risueñas. Desde aquel momento comenzaron los repiques en todas las iglesias, las salvas de artillería, y las flores comenzaron á llover sobre los coches y mulas que conducian la carga preciosa, y sobre el camino por donde pasaban: los cohetes y la música de Orizaba hacia saber á los que esperaban con tanta ansia, la aproximacion de la comitiva. Todo el pueblo caminaba entre aromas, música y humo de pólvora...

»Al llegar los coches frente á la iglesia arruinada de Santa Gertrudis, el pueblo en masa, con lazos en las manos, quitó los troncos de los carruajes: visto eso por el ilustre arzobispo y regente, trató de impedirlo, pero era imposible. Eran los deseos de un pueblo católico, y sin demora de tiempo las mulas fueron separadas de tres coches y los lazos puestos; los artesanos se disputaban la primacia para estirar de ellos, y con la mayor armonía caminaban á sus gritos, que ensordecian á todo el pueblo,

(1) Ya tengo dicho que en Méjico se da el nombre de *garitas* á las puertas que dan entrada á la ciudad.